



Episteme y geografías imaginarias del terror climático: la necesidad de la geopolítica crítica para analizar el cambio climático

Sanjay Chaturvedi y Timothy Doyle (2015) *Climate terror: a critical geopolitics of climate change*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire: Palgrave Macmillan. 247 pp. ISBN 978-0-230-00217-3.

El cambio climático es un concepto amorfo, pero extremadamente poderoso, que ha sido empleado por diversos actores y sus agendas para producir nuevos mapas geopolíticos y dar forma a políticas públicas y económicas, movimientos sociales y diplomacia internacional. En esta línea, Chaturvedi y Doyle abordan el cambio climático en *El terror climático: la geopolítica crítica del cambio climático*, sugiriendo que “el clima se ha convertido en la cuestión medioambiental omnisciente del siglo XXI, hasta tal punto que otros temas han sido absorbidos en su vórtice conceptual, usurpados por ella, superados por ella”¹ (p. 22). Con ello se hace eco de la afirmación de John Agnew², de que “no existe una visión objetiva” (*view from nowhere*), insisten en que el cambio climático, como todos los hechos científicos, es subjetivo y mediado por actores humanos. Teniendo en cuenta la ubicuidad y potencia del cambio climático, los autores exhortan a las ciencias sociales a que cuestionen los discursos y subjetividades dominantes, que investiguen sus orígenes, historias y agendas, y las relaciones de poder que refuerzan y las geografías que (re)producen.

Chaturvedi y Doyle aportan una investigación rigurosa, epistémica y discursiva del cambio climático a través del prisma de la geopolítica crítica. Consideran el cambio climático como una arena de ideologías y agendas en conflicto. Deconstruyen la mirada de prácticas discursivas desplegadas, evidenciando que las respuestas neoliberales de mercado han dominado el debate sobre el cambio climático, y que no sólo impiden su mitigación, sino que también borran las injusticias históricas, perpetúan relaciones de poder desiguales e invisibilizan a las comunidades desposeídas. Los autores establecen su posición en el debate como una voz del Norte Global y del Sur Global³. Tomando nota de las geografías de esa demarcación, sostienen que “es una categoría útil, que marca las vidas opulentas de la mi-

¹ Todas las traducciones son propias, a menos que se indique lo contrario.

² John Agnew, *Geopolítica: Una Re-visión de la Política Mundial*, Madrid (España), Trama Editorial, 2005.

³ A lo largo del libro y en este texto, se utilizan indistintamente los siguientes términos: para el Norte Global, el Norte, y el Mundo Minoritario, para el Sur Global, el Sur, y el Mundo Mayoritario.

noría frente a las de la mayoría menos acomodadas” (p. 2). Constatan que no están participando en el debate de la negación o la aceptación del cambio climático: el cambio climático ocurre, pero cuestionan las formas predominantemente aceptadas de saber, experimentar y predecir sus consecuencias. Sostienen que el cambio climático no surgió de cambios drásticos en la interferencia antropogénica con el medioambiente, sino que éste representa un continuo de procesos multifacéticos arraigados en el crecimiento económico irresponsable sin trabas que han llevado y llevan a cabo los adinerados y poderosos.

La investigación comienza por trazar la evolución del movimiento medioambiental moderno desde sus orígenes en el Norte Global en los años 1960. Se trató en sus inicios de un movimiento mucho más radical, que operaba fuera de los paradigmas dominantes y achacaba el daño ambiental al imperialismo y al desarrollo desenfrenado de Occidente. Sin embargo, en las décadas de 1980 y 1990, las instituciones políticas y las industrias cooptaron este movimiento. Al intentar compatibilizar las preocupaciones medioambientales con el desarrollo, surgieron la Modernización Ecológica (ME) y después el Desarrollo Sostenible (DS). Estos caminos supusieron la salvación del planeta a través de la modernización y soluciones tecnológicas “verdes”, para finalmente terminar operando dentro de marcos políticos establecidos. Así, ME y DS se convirtieron en el enfoque imperante del cambio climático; un enfoque sin fronteras para un problema sin fronteras, inspirado en la ciencia y el progreso occidental, en perjuicio del Sur Global.

A medida que el cambio climático trasciende conceptualmente las fronteras espaciales y temporales, el “terror climático” se convertiría en una estrategia potente, que se utiliza mediante una campaña celosa y cuidadosamente construida de geopolítica del miedo, de modo similar a la guerra contra el terrorismo. El marco cosmopolita liberal imperante del bienestar promueve el proyecto de ME/DS, que evidencia una desvinculación entre las prácticas discursivas y las realidades del Mundo Mayoritario, al yuxtaponer ambas. De hecho, se consideran las necesidades básicas satisfechas y se alienta la búsqueda de otras necesidades. También se deshumaniza el bienestar ambiental y se extiende a los no humanos, como otras especies o el planeta. Así, el DS impulsa estos discursos populares y resucita el argumento de que el crecimiento económico y la protección del medioambiente se benefician mutuamente. Este reposicionamiento disuade cualquier reto o cuestionamiento a la organización socioeconómica actual. El DS se difunde a través de la post-politización, la cual consiste en limitar el alcance de lo político mediante la despolitización de los asuntos globales y de la toma de decisiones. Al reducir los parámetros del debate, se promueve el consenso a través de un espectro estrechamente definido dentro de las relaciones socioeconómicas existentes, mientras se unifica al pueblo contra la vaga amenaza externa del cambio climático.

La comprensión predominante del DS, entonces, se integra en una concepción post-material y post-industrial del cambio climático. Esta “pospolítica del futuro” pretende preservar los recursos y las oportunidades para las generaciones futuras, mientras pasa por alto las condiciones de miseria de las poblaciones actuales. Esta configuración política presenta tres figuras: el “ciudadano pasado (en gran parte olvidado)”, que se borra de las discusiones sobre el clima junto con la historia del daño climático del Norte; el ciudadano futuro post-político, a quien se prioriza, y, el ciudadano actual, condenado e “igualmente responsable de corregir la deuda del

pasado ... [y de] forjar el futuro pospolítico” (p. 54-55). Esta perspectiva ahistórica sobre el cambio climático despoja aún más al Sur, “negando las diferencias esenciales y elementales entre estos dos mundos, los cuales son en gran parte incompatibles” (p. 46). La pospolítica interpreta el cambio climático como algo superable, si se vuelve a trazar la humanidad dentro de un nuevo mapa mundial retórico alineado contra el enemigo común. Los autores señalan que se trata de una formulación estratégica geopolítica, ya que los “cartógrafos [...] no son globalmente representativos” (p. 66). Esta iniciativa también requiere *un alma global* unificada compuesta de “ciudadanos globales”, quienes coexisten igualmente, siempre que estén integrados en el mercado. Esta mercantilización impide la oposición y justifica un proyecto del Norte de disciplina y reeducación del Sur. Chaturvedi y Doyle subrayan la iniquidad de este marco post-político del cambio climático, cuando nos preguntan: “¿Qué futuros estamos sosteniendo?” ¿Uno verde o uno blanco?” (p. 55).

Este modelo universalizante es falible y colapsa cuando surgen diferencias entre Estados-nación. Los autores, al analizar en foros internacionales los discursos de la India y China acerca de las emisiones de gases de efecto invernadero, señalan que ambos países plantean que el alza de los derechos de propiedad comercializables de emisiones de dichos gases proporcionalmente distribuidos, ha desembocado en “geografías imaginativas del espacio atmosférico” y una bonanza económica para países como la India (p. 68). Junto a China, ambas naciones evocan el principio de “responsabilidades comunes pero diferenciadas y capacidades respectivas” (RCPDCR), sosteniendo que no deberían sacrificar su desarrollo para reducir emisiones, y lo afirman ostensiblemente en nombre de la deuda climática y la reducción de la pobreza. Los autores plantean que, considerando las geografías internas opuestas, en términos de quién se beneficia del desarrollo, quién emite gases y en qué proporción, el argumento zozobra. En último término, este enfoque pospolítico implica una “reterritorialización de lo desterritorial”, es decir, una atmósfera territorializada y mercantilizada, demarcaciones económicas internas fortificadas, y una oportunidad para que los pudientes y poderosos de estas naciones puedan mantener sus estilos de vida, y subsumir sus desigualdades internas e injusticias medioambientales dentro de modelos del libre mercado.

Los autores también cuestionan la “política dirigida por la ciencia”, que impulsa las respuestas políticas al desplazamiento inducido por el clima (DIC). Según su análisis de la investigación DIC, se revela que pese la carencia de información precisa sobre ella, los informes construirían dicotomías estáticas entre “Nosotros/Ellos”, invisibilizarían a los empobrecidos que no pueden huir, y fomentarían ansiedades respecto a masas pobres invasoras. Las fronteras climáticas, por ende, se vuelven a trazar, y se las reimagina dentro de agendas políticas como la de la India, cuyas preocupaciones sobre los refugiados climáticos de Bangladesh giran en torno a la afiliación religiosa, el nacionalismo y los consecuentes desafíos de seguridad nacional. Bangladesh, una región de escasa altitud, densamente poblada y propensa a los desastres naturales, es un estudio de caso importante debido a la interpretación dominante en las geografías imaginativas de que es un “agujero negro del clima”. Estos tropos inducen temor y conforman perspectivas internas, asimismo el abordaje global de DIC. Los autores diseccionan las posiciones de los funcionarios de Bangladesh, para demostrar cómo el país se ha visto obligado a

aceptar la ciencia climática del Norte y adoptar estrategias de mitigación del cambio, como en el caso de Bangladesh, que busca ayuda del Norte Global y prepara a sus ciudadanos para adaptarse a sus futuros refugios. Los intentos de cambiar la definición eurocéntrica del refugiado climático estarían entonces dominados por la política de terror climático, ante lo cual los autores preguntan “¿cuál es el ‘temor’ que dictará el proceso y decidirá el resultado?; el del refugiado o el del Estado receptor?” (p. 128). Bangladesh sigue estando sometido a una “geopolítica de la humillación”, la cual no sólo impide llegar a soluciones sensatas al desastre climático, sino que también socava soluciones justas basadas en la deuda ecológica.

En este contexto, el cambio climático ampliaría la jurisdicción militar y autorizaría intervenciones en nombre de la seguridad y el humanitarismo. El clima como una amenaza omnipresente requiere un poder militar omnipresente, mientras protege también ciertos intereses económicos. Los autores analizan diversos documentos para dilucidar cómo el Pentágono de los Estados Unidos habría ampliado su influencia doméstica en nombre de la eficiencia energética, y cómo con ello se logró alterar el papel del ejército, influir en la política exterior y justificar las operaciones a largo plazo en el extranjero. De este modo, a medida que las amenazas de seguridad tradicionales se disipan, el clima se ha convertido en un conveniente sustituto de las mismas. De hecho, la relación entre los Estados Unidos y la Región del Pacífico de la India (RPI) sería un ejemplo particularmente útil de cómo la seguridad climática neoliberal entra en juego. Los autores sostienen que el RPI es un espacio pospolítico el cual se construye mediante un proceso simultáneo de construcción y desterritorialización de regiones, creando “un continuo, una super-región o una no-región”. Por su parte, para preservar su hegemonía global, EE UU recrea la región como “una serie de rutas geoeconómicas y zonas elásticas que necesitan ser aseguradas”, reencarnando metáforas antiguas de la expansión occidental para justificarla (p. 154). Chaturvedi y Doyle destacan que esta iteración pospolítica borra relaciones, identidades e historias locales, pues “las fuerzas foráneas geoeconómicas” socavan la soberanía de estas naciones mediante una plutocracia y neocolonización moderna. Asimismo, resaltan que la diferencia ahora es que EE UU puede llevarlo a cabo en nombre de la seguridad climática sin tener que negociar tratados para este espacio no soberano, mientras se beneficia económicamente junto a las corporaciones transnacionales.

Finalmente, los autores indagan acerca de las respuestas emancipatorias de la izquierda, nombrándolas deliberadamente como “intentos”, para evidenciar que la izquierda puede perpetuar la marginación si opera dentro del marco pospolítico. En esta línea, el análisis indica que las organizaciones del Norte tienden a operar dentro del modelo cosmopolita y las instituciones establecidas. Por ejemplo, importantes sindicatos defienden el DS para crear empleo, y los grupos religiosos principales que promueven el temor al cambio climático, evangélicos y católicos, lo abordan de una manera esencialmente conservadora y disciplinadora. Por otro lado, las organizaciones basadas en el Sur Global se centran en programas sobre el terreno, cuya estrategia es la adaptación, y en hacer oír su voz en el Norte. Por ejemplo, el Congreso de Sindicatos de Sudáfrica abogaría por diferentes sistemas de producción y soberanía alimentaria, mientras que Caritas en Kenia y la India promueven semillas resistentes a la sequía y capacitación comunitaria. El estudio de caso sobre las divisiones dentro de la organización Amigos de la Tierra Internacio-

nal (FoEI) respalda el argumento de que la historia y el lugar importan. Los autores subrayan que los grupos del Norte de FoEI tienden a construir comunidades cosmopolitas y resistir mediante el cabildeo. El Sur, por otro lado, entiende la comunidad como actual y antropogénica, y la educación como empoderamiento y movilización, no como un proyecto civilizador. Situados en la periferia, naturalmente se involucran en una “política desde afuera” con campañas “diseñadas para movilizar la oposición al Estado y/o corporaciones” (p. 178). Los autores resaltan que el Sur no tiene un espacio no político para volver a seguir sus acciones de protesta: resisten mientras lo viven.

Los autores concluyen abordando la pregunta: ¿qué futuros son posibles? Y en seguida, presentan tres futuros climáticos que compiten por la autoridad para cambiar el rumbo del desarrollo. El “futuro negociado”, que se centra en la gobernanza mundial y la diplomacia climática basada en RCPDCR, respecto al cual, al analizar discursos en diversos foros internacionales sobre el clima, se devela que esta estrategia no ha logrado producir soluciones concretas o rendir cuentas a cualquier nación, creando nuevas alianzas y alineamientos político-espaciales. El “futuro de geoingeniería”, que surge de este estancamiento y enfatiza soluciones tecnológicas de control de los procesos climáticos para mitigar el cambio climático; los autores abordan críticamente esta opción, y sostienen que la geoingeniería, como cualquier ciencia, es mediada y construida mediante diferentes actores, y plantean la preocupación de que la geoingeniería podría ser otro intento insidioso de limitar la producción y el acceso al conocimiento, impidiendo la disidencia o repitiendo usos belicosos del pasado. En definitiva, se considera que la geoingeniería promueve soluciones despolitizadas basadas en el mercado, con el mismo efecto pernicioso y ocultador. Y finalmente, el tercer futuro climático potencial es el futuro al cual se resiste, en el que las perspectivas subalternas desafían la hegemonía occidental y centran sus debates en la deuda climática y la desigualdad. Al respecto, a pesar de basar su libro en la crítica del marco cosmopolita pospolítico dominante, los autores señalan con esperanza que hay una miríada de ejemplos de resistencia de la periferia al “asalto de la globalización neoliberal sobre su tierra y sus recursos”. Estos “micro movimientos” de resistencia local se unen en un repudio general a la globalización neoliberal y una demanda que se re-politice el cambio climático.

En este libro, Chaturvedi y Doyle emprenden una vigorosa investigación de los discursos en el debate sobre el cambio climático, en la cual se vislumbra una nefasta hegemonía conservadora y neoliberal que beneficia a los pudientes y las elites, marginando aún más a la comunidad desposeída. Las estrategias discursivas dominantes velan cuestiones críticas e injusticias pasadas y presentes, y desdibujan la desigualdad y sus causas fundamentales perniciosamente, mediante la expresión liberal cosmopolita. Chaturvedi y Doyle imbuyen su trabajo con un compromiso con el subalterno; compromiso con resistir a la deshumanización que borra las narrativas y desensibiliza a la mayoría del mundo, del sufrimiento y la injusticia. Los autores recuerdan a las ciencias sociales y las critican implacablemente, llamando a que no se pierdan en las estrategias discursivas, ni que tengan miedo de nombrar las duras realidades y sus causas subyacentes. Finalmente, cierran resaltando fuertemente que este deplorable estado de deshumanización y desposesión no refleja una ruptura en las relaciones de poder y el orden mundial, sino que es una continuación, acrecentada por la globalización neoliberal. De esta forma, nos recuerdan

de manera contundente que “el Armagedón llegó hace muchos años a los pueblos globalmente periféricos del Sur Global, cuando sus tierras fueron invadidas y colonizadas por sus opresores europeos. El diluvio llegó hace mucho tiempo: fue la sangre de sus pueblos” (p. 208). Esta contribución a la geopolítica crítica del cambio climático es oportuna y perspicaz, y eleva la gravedad de estos debates y de lo que está en juego, a la vez que subraya la necesidad urgente de que la geopolítica crítica y las ciencias sociales intervengan. Chaturvedi y Doyle dejan a la lectora con el deseo de investigar más y esperar que otros investigadores contesten su exhorto.

Diana Tamashiro
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología,
Universidad Complutense de Madrid
Email: diana.m.tamashiro@gmail.com